CONCHA ZARDOYA

LOS SIGNOS

COLECCIÓN IFACH

1954

CONCHA ZARDOYA

"VIACIÓ en Valparaíso (Chile), el 14 de noviembre de 1914. Viene a España en 1932, residiendo en varias capitales hasta avecindarse en Madrid. Se siente vinculada a Castilla, tanto por la sangre como por el espíritu. Estudia Filosofía y Letras en Madrid, durante los cursos de 1934-35 y 1935-36, estudios que interrumpe la guerra y que reanuda en 1947, licenciándose en Filología Moderna en este mismo año. Ejerce múltiples actividades: costura, decoración, enseñanza primaria y media; idiomas, traducciones, etcétera, etc. Trabaja el verso desde 1937, no publicando su primer volumen hasta 1946 *(Pájaros del Nuevo Mundo,* Adonais, Volumen XXVII). En el concurso «Adonais», de 1947 obtiene un accésit con su libro *Dominio del llanto.* Tradujo las *Hojas de Hierba,* de Walt Whitman, y parte de su prosa, estudiando a fondo la vida y obra del poeta. Ha escrito cuentos y guiones de cine, y ha prologado y anotado ediciones de clásicos, con el seudónimo de «Concha de Salamanca». Tiene publicados numerosos ensayos, y merecen destacarse asimismo sus conferencias, trabajos de radiodifusión y colaboraciones en *Hora de España, Corcel, Al-Motamid, Halcón, Insula, Manantial, Finisterre, Ambito, Alcándara, Indice, Bernia, El Español,* etc. En la actualidad desempeña el cargo de Profesora de Literatura Española en la Tulane University of Louislana, Nueva Orleans. Es también copiosa su colaboración en revistas americanas.

LOS SIGNOS

obtuvo mención honorífica en el CONCURSO «IFACH» DE POESIA 1952. Al publicar ahora este libro, nuestra Colección se honra en ofrecerlo a sus lectores como portavoz de las calidades poéticas reconocidas a la autora.

LECCIÓN IFACH

(N.° 15)

LA DIRIGEN:

O SANCHIS Y JUAN JOSÉ ESTEVE

I

P O E SI A

DE LA PORTADA: JAVIER SOLER

LOS SIGNOS

CONCHA ZARDOYA

LOS SIGNOS

ALICANTE

1954

ES PROPIEDAD:

Queda hecho el depó-
sito que marca la Ley

Impreso en Sucesor de Such Serta y C.ª — Alfonso el Sabio, 29. ALICANTE

CONTIGO sea. el mundo de los
signos, universo que siento
por tu alma y por la, mia.

«...hay que visitar muchas ciudades, conocer muchos hombres y muchas cosas, y aún los animales y las plantas: hay que saber sentir, por ejemplo, cómo vuela un pájaro, y qué actitudes toman las llores silvestres al abrirse por la mañana. Hay que saber evocar de nuevo los caminos por extraños países, los encuentros inesperados y los adioses que presentimos largo tiempo, los dias de la infancia que nos son aún enigmáticos...»—RAINER HARIA RILKE.

LOS SIGNOS

TIENEN alma las manos, tienen signos,
inefables señales que en el mundo
nos dejan y aparecen como flores
donde es fácil hallar graciosa vida.

Si en los dedos hay rios bien ocultos,
las palmas pueden ser quizá llanuras
y el claro manantial que se enamora
cuando un contacto viene a sorprenderlo.

Si los labios las besan y acarician,
¿no pueden ser un ave sonrosada,
esa intima alondra que defiende
su corazón callado o tal vez mudo?

Fácilmente se palpan con ternura
y es fácil comprenderlas y adorarlas,
porque mentir no saben cual la boca,
ni saben del rubor de la mejilla.

Las frentes nos señalan su perfume
y también los violines que las temen.
Las veo dialogar con esos árboles,
cuando el viento las ciñe en primavera.

HAY MANOS QUE SOSTIENEN SUAVES FLORES

HAY manos que sostienen suaves flores,
invisibles estrellas sobre el césped
y los nidos de raudas golondrinas.

Hay algunas que escriben las edades
y la historia del alma de una niña
en las pálidas hojas de su diario.

Y la escriben también en esos bosques,
en los libros, acaso en las arenas
y acaso en la piel misma que las cubre.

Y otras hay cual la muerte, casi extintas,
heladas por los años y las lágrimas
que un color de tristeza va endulzando.

Pero hay manos que suenan como música
o el secreto vivir de la madera,
como el aire de mayo y de los mundos.

DE LA NOCHE DESCIENDES

DE la noche desciendes, sin ser rayo
o libérrima estrella que procura
ya su luz destruir, hallar su muerte
en el labio purísimo de un niño,
en el pecho inmortal de oscuros héroes,
en el sagrado rostro de la tierra.

De la noche tú naces, de lo hondo,
de lo negro celeste que vigila,
de ese confín sin lápidas ni cruces
que antiguas sepulturas les señalan
a los tiempos extintos y callados.
Nocturna vienes tú... (¿Quizá deliro?)

De la noche me llegas, por la nada,
misterioso vacío del silencio.
Y a las ventanas tristes—lentos ojos
de las urbes, de todas estas casas
y torres que moramos con el llanto-
te asomas y susurras quedamente.

LOS SIGNOS

De la noche tú emerges. ¡Ay,tu aliento
me roza el entresueño ensimismado!
(¡Oh, la cálida sangre y el amor
más excelso rodando por las venas!)
Imprecisa tu forma, casi leve,
no puedo en mi desvelo dibujarte.

De la noche tú advienes, dulce sombra,
mano o pena que bajas a mi mundo,
a mi barro inicial, a mi garganta.
Por la noche tú cruzas, meteoro,
sorprendido destello iluminado,
que se apaga en mis ojos y en mi frente.

De la noche o del sueño, la entrevista...
Apenas insinuada, moribunda
nostalgia fugitiva de un aroma,
apenas sollozante, presentido,
apenas rumoroso... (¿No es el aire?)
De la noche surgiendo, como un alma.

AQUI LAS ROSAS HABLAN

UN comprensivo amor me va naciendo,
un sentir la presencia delicada
en un mismo silencio que no irrumpe,
pues emerge y atmósfera se vuelve
en torno a la esbeltez que yo contemplo
y a la lenta eclosión no rumorosa
de estas flores no en vano reunidas
por mi gozo feliz de aquí tenerlas.

Aquí las rosas hablan sin vergüenza
delante de mis ojos, de mi oído,
del temblor de mí ser enamorado.
Aquí las rosas dicen sus secretos:
se desnudan de pétalos y aromas,
uno a uno cayendo suavemente
en mi mano, mi alerta deseoso,
en mi mano, sepulcro Jamás frío.

Como alas se revelan, como besos,
y frágilmente rozan, sin palparla,

esa luz circulante que en mis dedos
hacia ellas se inclina suspirando.
Desnudándose el pecho y el ropaje,
la hermosura gentil que atesoraban
en la entrañable umbría de sus párpados,
van hablando y muriendo al mismo tiempo.

Una rosa balbuce que desea
por el sol de verano ser amada
y luz ya sólo ser, un halo suave,
morir, morir así, solar ceniza.
Otra, niña, se mueve y me susurra
que quiere coronar azules sienes
de ahogados moribundos, marchitarse
muy cerca de los iris ya vidriados.

Y, entre sus hojas verdes, otra blanca
esparce su pureza casi aurora,
casi espuma concreta sobre un tallo.
Y otra oscura de sangre, apasionado
estigma me levanta como un seno
que se erige en ardor y en él se quema.
El floral corazón, al fin dormido,
trasnada sueños, aire, sin tristeza.

Y otra dormida rosa, casi un oro
que sin brillo fulgura en lo más íntimo
de un bosque, de un jardín de vivas flores,

abandona disfraces o las túnicas
que envolvían su pecho con los pliegues,
su escondida delicia por los ámbitos
libres y los vientos vagabundos,
entregando a mi amor su lozanía.

Y otra rosa-narciso se enamora
de su propia beldad que reconoce,
y se yergue ante mí con claro orgullo,
como si espejo fueran mis pupilas
o mi noble actitud o mi ternura.
Y hay otra que se dobla meditando
en su mudo soñar la muerte próxima
y un florecer sin tregua me suplica.

Ya se inicia la pena, ya anochece.
La sombra va subiendo de la calle,
va colgando de muros y ventanas
crespones y misterios y nostalgias.
La noche suave, luego, corrobora
la quietud ya mortal de las que fueron
frescas vidas hermosas que ahora sólo
impalpable perfume son, recuerdo
de la breve existencia que se acaba.

DELANTE DE LA AURORA

(De una estampa romántica)

GEMELAS manos finas con pólenes felices
hallados en la colza silvestre, en los dondiegos,
os miro en esa estampa brillar desnudamente,
vivir entre palabras y besos que suspiran.

La hermosura apacible del amor que os enciende,
se sonríe brillando por detrás de las lámparas,
o cantando sin prisas en románticos claves
olvidados del tiempo, de la forma del mundo.

Nadie amó los países limitados por mares,
por montañas gigantes o fronteras de anémonas,
por centinelas pájaros y musicales brisas.
Nadie amó aquellas islas redondas, perfumadas.

Nadie adoró los templos como vosotras, tibias,
las fórmulas que el viento susurra junto al álamo.
Nadie amó cual vosotras aquellos tiernos mimbres
tan fielmente inclinados sobre el río que adoran.

Ah, los sueños perfectos os levantan del lino
como mínimas alas de luz resplandeciente.
Delante de la aurora ya acariciáis los párpados
de ese dormido rostro que velasteis de noche.

La sumisión pedisteis y sois también sumisas,
como la playa quieta que a las olas se entrega,
como la boca al beso que nace iluminado
en los amantes ojos que aguardan y requieren.

Y una estrella brillando siempre alumbra, dichosa,
esas rayas con naves que presienten cruceros
a costas bien soñadas de pinos y cipreses,
de ruinas y de mirtos, de antiguas catedrales.

EL FAUNO

< Ces nymphes, je les veux perpétuer.»

Stéphane Mallarmé

FULVO yacer del tiempo en la ribera.
Sopor de luz y lentos caramillos.
Insonoros los árboles del bosque
—ha huido la brisa, ha huido
al corazón más íntimo del mundo,
a ese confín más fresco de la umbría.
Exangües Juncos besan la epidermis
de las azules ondas irisadas.
Y los pájaros duermen bajo plumas
en los remotos nidos
donde nacen las flores transparentes.

Debajo de los ramos,
cual si noche estival fuese la siesta,
un cuerpo, un cuerpo duerme.
El humano blancor de la cintura,
subiendo por la senda de los muslos
a un pecho recrecido de áureo césped,

se llega hasta la frente y se retuerce
en los cuernos brevísimos,
casi rocas sutiles, coronados
de varonil y antigua cabellera
y perfumadas hojas, tiernas, verdes

En languidez sumido y abandono,
el polen extenuado no revuela.
Un aire espeso, quedo, apenas flota,
sin orear las sienes del durmiente.

En las manos ansiosas, ¿qué rebrilla?
¿Qué frutas cristalinas en los dedos,
sonrosadas y rubias, en racimo,
anhelan escapar y no entregarse
al marfil entre púrpura reseco,
del embriagado Fauno que las tiene?
¿Qué doradas bolitas o qué gotas,
prisioneras aún y en rebeldía,
cual gemas vivas ya,
al lado de otras pulpas tal vez muertas,
rehuyen su holocausto,
rehuyen exprimirse en esa boca
no saciada quizá, no bien dormida?

Al fin ondula, al fin, al fin se mueve
el cuerpo augusto. ¡Fuego!

LOS SIGNOS

La mirada celeste, despertando,
ha venido a posarse en esas ramas,
a través de las cuales rayo de oro
belleza les descubre e ilumina;
en esas ramas nobles, vegetales,
que fingían o eran cariñosas,
un techo a su cabeza y a sus párpados,
a la embriaguez y sueños advenidos.

Los brazos alza pronto lentamente.
Después, las manos fieles sosteniendo
el racimo de luces milagrosas.
Y el hombre virginal
contempla ensimismado
el paisaje sin aves ni siringas
agrestes, melancólicas:
cristal casi las uvas,
pues, vacías, lo son y transparentan
cuanto es posible ver, cuanto es del sueñe.
Por último, las manos abandonan
las presurosas frutas que así ruedan,
huyendo por la hierba a la deriva.

Soñar, soñar, ahora... Divagando,
arden las ansias luego y el deseo...
Como leones viejos, algo ruge
en las secretas venas, provocado
por las formas sensibles, femeninas

apariciones dulces, senos púberes...

Un chapoteo suave,
un deslizarse raudo, fugazmente,
a las pasivas linfas sicilianas,
corroboran al Fauno sus ensueños...

El ramaje enfosquece con sus sombras
—monedas, redondeles, temblorosos
encajes delicados—
los torsos de las Ninfas.

El hombre-dios susurra enardecido:
«■Alborean espaldas, senos duros!
Y peces blancos nadan! Oh delfines!
Oh garzas criaturas!
Oh sumergidas náyades!
Oh fluyentes amadas que yo adoro!
Alias! Alias! Proclamo que sois mías,
y que mías seréis y perpetuadas!
Avidos brazos tengo, tengo besos,
manos oliendo a sol, ¡oh manos vivas!,
a zumo de la vid y del verano,
para ceñir los cuerpos más desnudos,
y así enlazaros húmedas al mío!
...No retozáis ya más, sagradas vírgenes
indómitas, coléricas, besadas!
No sabéis, no podéis ya libertaros:

en los cuernos frontales ya mis dedos,
mis indómitas manos, locas, fieras,
han anudado bien las rubias trenzas,
los cabellos festivos,
los cabellos dolientes,
relámpagos de amor aprisionado!
Felicidad! Pasión! Oh llamas! Fuego!
Adiós! Las sombras huyen con la tarde.
Sólo en mis dedos tiembla
el más casto perfume!»

PISADAS EN EL FONDO DE LOS LAGOS

PISADAS en el fondo de los lagos,
en esas grutas hondas o lamentos
de la tierra,
en el silencio mismo de la noche.

Pisadas en el mar, en cualquier parte,
sin aquel nardo blanco, viva rama
de los hombros,
pisadas por un viento subterráneo.

Por los náufragos niños, por los peces
errantes que se escapan ya del mundo,
por los ángeles
mineros que sepultan los rubíes.

Por un Luzbel o pie que se hermosea
de pájaros y hierbas desoladas,
recorriendo
lugares de abandono y fiel olvido.

EL EXTRANJERO

TU nombre, ¿qùién lo sabe en esta tierra?
Acaso tú lo escribes
debajo de la lluvia?
Acaso tú lo dejas suavemente
debajo de una carta
pisada por el viento?

Nada sé de tu vida irremediable.
Nada sé del pasado
que te ronda en el pecho.
Y así sueño paisajes con aldeas,
para inventar tu historia
en un día sin nubes.

Arrabal y mujeres, viejas músicas
de un organillo triste?
Una casa tranquila?
Una vieja taberna con borrachos
que juegan a los naipes?
Un paseo nocturno?

Y descifro papeles que has perdido
en una calle oscura.
No hay fechas ni retratos;
sólo muertes y nombres, sólo besos
anuncian y repiten:
Alida, Selma, Gretchen...

Sabrías pronunciarlos con voz dulce?
O dolor solamente,
ilusión ya perdida,
se enreda, sí, en tus labios extranjeros?
O con ellos cancelas
un pasado amoroso?

No te conozco aún, no sé tu patria,
ni qué gran vendaval
descuajó tus raíces.
Tus ojos nada cuentan a los míos:
fríamente desnudos,
esconden tu pasado.

OSCURO AMOR

VUESTRO amor es oscuro porque pasa
por debajo del mundo y de los aires,
de las grises montañas que se asoman
a la luz que Dios hizo para todos.

Es un río de fuego subterráneo,
sin huellas ni contactos con los vivos.
Es una agua callada, una tormenta
que no sabe ordenarse bajo el cielo.

Vuestro amor es oscuro, negra mina,
secreto pasadizo de alma a alma,
nocturna galería que no alumbran
las estrellas, los besos ni las luces.

Vuestro amor quedará bajo la tierra,
cual una ardiente rosa sepultada
por una extraña mano o ángel muerto,
para asombro de pájaros y flores.

ESTOS CIPRESES TRISTES, CENICIENTOS

ESTOS cipreses tristes, cenicientos,
son imagen, quizá, de nuestras vidas
por un viento fatal así quemadas
desde siglos sin luz hasta la muerte?

Silencio puso Dios en nuestros labios
y una apagada luz en la cintura?
Azucenas nacieron en los ojos
y unos pálidos lirios en las sienes?

No tendrán nuestras almas primavera,
ni nuestro amor un día de esperanza?
Por qué los nombres puros, solitarios,
han de vivir sin lazo que los una?

Estos cipreses tristes, cenicientos,
son imagen, quizá, de nuestra suerte?
Las pobres ramas altas, carcomidas,
se desploman sin luz sobre una tumba.

(Claustro del Monasterio del Paular.)

SUEÑO

ASESINADAS bocas de doncellas,
de púberes muchachos de centeno
me han besado los ojos dulcemente
y el dolorido amor que llevo ardiendo.

Los labios desangrados, candorosos,
tan vivos parecían y ya muertos
que su huella de nieve me dejaban
en la llorosa arena de mi celo.

Asesinadas bocas por el llanto
o el jazmín delincuente de los besos,
su pena deshojaban y el aroma
de triste flor o nube, en mi recuerdo.

Nocturnas bocas y aires que me llaman
desde un confín sin Dios, desde un silencio
espumado de estrellas y rocío,
desde un país que habitan sólo ciegos.

Borradas bocas ávidas de céfiros!
Floridas bocas, labios que murieron
cercenados o rotos por la vida!
Ardientes bocas yacen en mi sueño!

Ardientes bocas frías vienen, besan,
con su otoño y helor de cruel enero,
mi enferma rama gris y el abandono
que duermo y que no aduermo en mi desvelo.

(El Escorial.)

A VECES, LA ALEGRIA COMO NUBE

A veces, la alegría como nube
escapa de las almas, de las frentes,
porque el amado labio con su queja
o suspiro despierta la amargura
que en el fondo del ser está durmiendo.

Una sílaba, un gesto, un aire duro,
un beso ya sin miel, una mirada
que de pronto extravía su ternura...
La tarde, el sol radiante, un doloroso
cielo gris o de luto nos descorren.

Otra vez, es un niño con su llanto,
una flor desprendida de su cáliz,
el verde fruto herido por un pájaro,
una carta pisada en cualquier parte,
un árbol ceniciento, derribado...

El cierzo, el vendaval, la lluvia súbita,
en lágrimas deshacen nuestro Júbilo,

la afirmación vital, el pleno goce.
Más tristes nos sentimos que la noche
cuando vela sus astros con su duelo.

A veces es un verso que remueve
las más tiernas entrañas de la vida,
los más remotos sueños del destino,
el aciago vivir en estos años
en que la paz se busca y no se encuentra.

SOLO UN GESTO

«Mi mano ya tiene sólo un gesto»
Raíner María Rilke

SOLO un gesto del índice en la sombra,
apenas entrevisto, es ya bastante
para el umbral cruzar de lo profundo.

Y no importa el candor, la desnudez
más prístina que abriga nuestros huesos:
la sumisión callada va guiando.

Sólo un gesto al partir. Después, la noche
con su misterio llama, sí, reclama...
Y, llamando, poséenos de muerte.

EL ESPEJO

(A P. N.)

COMO un círculo gris,
luminoso, absorbente,
en derredor de todo,
para sumirlo al fin en esa hondura
del tiempo transcurrido.

Los seres pasan. Tu vigilia sabe
recoger su perfil sin desgastarlo,
el color de los ojos y la forma
de los labios y frentes
que anhelaron mirarse al mediodía.

Eres dueño de todo:
tus manos han asido y heredado,
ávidas, vivas, fúlgidas, eternas,
les más dulces recuerdos otoñales.
Oscuros laberintos, secretísimos,
de mujeres sepultan bellos rostros
y aún la melodía
de amorosas palabras y relojes.

LOS SIGNOS

Las sonrisas ¿qué fingen en tus palmas?
Las madonas, los púberes,
incorruptibles carnes ya se han vuelto?
Aduermes o desvelas tales signos?
Esas guedejas rubias
se vierten en tu comba, desbordadas,
invaden ese mundo felizmente?
Han vertido tus manos pensamientos
enamorados, tristes, en tu valle?
Qué profusión amagas en tu sombra?

Devuélvanme tus manos tal riqueza,
enigmas y misterios!
Revélenme el escorzo de una lágrima!
¡Sí!
Oh maravillas áticas,
quién os viera nocturnas!
Oh disueltas imágenes perdidas,
inquietas, inefables!

Manos, avaras manos, enseñadme
el mar entretejido, rodeado,
los dibujos, creciendo, que os acosan
la interior epidermis que refulge!

Abismos son los ojos virginales.
Qué sabéis del amor?
Lejanas metamorfosis quisierais

despertar, revelarme?
Cuántos infantes muertos, cuántos pájaros!

Una vez, una vez,
una vez solamente, prevalezca
el milagro en sus cúmulos!
Hártense, oh manos, estos ojos míos!

No queréis seducirme
con los dones profundos?
Innumerables gestos y miradas
que yo ansio, venid, flotad!
Como envueltos en niebla y en perfume!

Oh indecible esperanza!

Oh luz, cristal, sin fondo!
Los azogues son tumbas.

SIEMPRE MAS!

(A Carmen Conde)

DISCOLAS,
irreverentes manos de impaciencia,
saltarinas sois como los vientos,
rodadoras como el polen!

Díscolas,
sí, y acaso silbantes como espumas
o afilados cielos metálicos!

Las flores, las bellas flores
perfumadas de amor y de ternura,
escalofríanse de llanto
cuando hacia ellas vais, requeridoras.
Deberían huir, volar, no ser.
Pero vuestro amor las quema,
triunfante.
Vencidas, deshojadas yacen a la sombra
de vuestra sombra viva.
Muertas!

Giráis,
vertiginosas, relampagueantes, fatales!
Rompéis, azotáis, cantando,
las algas, el coral, el silencio
de los ídolos,
de las mudas bocas
y también la inocencia de los púberes!

Como espadas, delfines, como dientes!
Como felicidad irresistible!
Como la más tersa desnudez,
o como el fuego del corazón
y los volcanes de la tierra!

Díscolas,
fascinadoras como las serpientes
que os pululan la sangre,
fascináis a los niños de las playas.

Queréis más, siempre más,
sin cesar, hasta la muerte!
Siempre más!

Lo límpido,
también, os precipita en murmullos,
en avideces trémulas,
porque está alto
o porque está recóndito.

Siempre más! Siempre más!

Indomablemente,
vuestro poderío consigue,
hace arder y destruye,
acaso salvando.

Buscáis un virgen país
que se evade de las cosas,
astral, velocísimo,
más allá de todo.

Díscolas,
sagradas manos de los genios!

VENIAN DEL PAIS QUE ERA TU CUERPO

(A Vicente Aleixandre)

VENIAN del país que era tu cuerpo,
llegaban hasta mí con tus dos ojos,
azulmente asomados
a hierbas delicadas de esta tierra,
a nostálgicas aves de este mundo.

Yacías a la sombra de esos ángeles
entrevistos por ti y por ti hallados
en ese paraíso de tus sueños,
atisbo de otra vida más perfecta.
Y desde ti, postrado Junto al aire,
debajo de la aurora y del crepúsculo,
tus manos saludaban...
Y otra vez los dos ojos engarzados
quedaban en tus dedos como frutas
o gemas pensativas casi tiernas.

Ah, tus manos, Poeta!

Yo las oigo volar como a mis pájaros,
desprendidas de ti, mas con tus ojos
y tu sensible afán que reconoce,
como un tacto seguro,
a niños, bestezuelas, avecillas,
a espejos que sollozan
de amor bajo las piedras
y el destino que lucen
frescas, púberes sienes transparentes.

El ir y descubrir y estar llorando,
el palpitar les siento, el aleteo,
el esparcir fugaz y ya por siempre
su milagro y donaire,
transfigurando arrobos y delicias.
Palpar los corazones,
bruñir su clara espuma y su oleaje,
surtiendo del silencio, saben ellas.
Y las suaves miradas
del párpado mimoso ya desnudas,
el inerme latido de las frentes,
la más sensible arena de las almas,
entregan su volumen a tus cúmulos.
Un dictado más vivo, más hermoso
que las silvanas frondas tan amadas,
un mensaje lustral, el ígneo sello,
desde la nada oscura donde moran,
suplican que tú irradies, que desveles

destruyendo las más dormidas venas
de la inmóvil desgana.

Ocultamente rondan,
así penetran, cruzan los umbrales
del rojo labio joven que las llama,
de todo espacio triste o doloroso.
Tu resplandor no muestras, no apareces
directo ni arrebolas todo aquello
que se ofrece final a tu dominio:
sólo inscribes tu marca, así constelas
por debajo del pecho—¡sí!—tu céfiro,
y fluyes y refluyes enlazado
al más secreto origen que tenemos,
en íntimas fusiones nos trasmudas
y a una misma dicha nos abrazas.
Inmanencia feliz de hallar tu cauce!

Al borde de un recuerdo, de una lágrima,
a veces cantan solas.
A veces, todavía,
están aquí por dentro del paisaje,
tactando las colinas, las florestas,
la sáxea plenitud de las montañas,
el cristal sonrosado del poniente,
esos musgos que rocas terciopelan,
esa morena nieve del deshielo,
los huesos melancólicos, difuntos,

el submarino pez, esa plumilla
casi un aire, levísima,
del pinzón y de todas las alondras,
esas flores de mayo,
ese misterio mismo de la música
y acaso aquel suspiro
de bocas ya besadas y triunfantes,
por la muerte o el frío sorprendidas
o tú que les llegabas como aliento.

Nada está seco aún o está vacío.
Todo espera sufriendo o bien dichoso,
no escapar de tu rayo
ni huir súbitamente,
así rendirse fiel a un dulce gesto
o penetrante lluvia en que desciendes,
empapador rocío que despierta
el confín indefenso de los seres,
la vasta finitud de todo el orbe.

Y la muerte es un iris que no finges
de hermosura gentil y no desmientes
que es solitaria ausencia
en el yerto color abovedado
de una noche sin fin bajo la tierra.

CONCIERTO

(A la memoria de Manuel de Falla)

BAJAS nieves pulsáis, el terciopelo
de nítida blancura que se adorna
con liqúenes y abetos invernales.
Y las flores de azándar
cayendo sobre piedras, fríamente
sonoras por debajo del rocío.
Y nieblas como inciensos,
que el alba más desnuda
arrastra hacia los valles.
Y el rumor del henar o ese sonido
de la ceniza gris iluminada.
Y la marina voz de los pinares
o ese lamento largo, moribundo,
que emerge de las cuevas y gargantas.
Y también ese cierzo,
sonante como un pájaro
o como un corazón latiendo trémulo.

Y porque la nupcial canción del lúpulo

os sabéis dulcemente y las mazurcas,
las pavanas que bailan viejos alces.
Y porque los atriles
incitan al pentágrama,
a la meliflua dicha de los aulos.
Y porque el suave pétalo irisado
de tenues porcelanas casi tiembla,
y porque los narcisos se confunden
con el lento palor que los envuelve
en las plácidas tardes melancólicas.
Y porque el dúlcemele
es casi vegetal como los sauces
y las sencillas hierbas de la tierra.
Y porque los salterios y el kinnor
esperan que vosotras, musicales,
amores preludiéis y la alegría.

Porque el alma reclama los violines
de esferas celestiales o de arcángeles,
y los tamtams de muerte que en las selvas
percuten y percuten monocordes.
Porque el viento es un trémolo o arpegio
que pasa como aroma, como el agua,
como un astro fugaz cuando amanece.
Porque los mares tienen en su espuma
las algazules arpas, los delfines
que suenan al brillar como metales.
Y porque los espejos hablan, lloran

el impalpable ardor de una mirada.
Y porque hay noches altas y solemnes
que ceremonias abren con laúdes.
Porque hay niños melódicos y rubios
que juegan con las frutas de los árboles
o con la luz silbante de los cielos.

Porque hay murmullos, oboes, guitarras,
que os anegan la sangre y el espíritu.
Porque hay ojos con signos de aceitunas
o dorado dulzor de miel de dátil,
y otros hay que modulan desvelados
maravillosas ansias delicadas.
Porque hay besos que estallan sin herrumbre
ni frágiles suspiros,
porque hay besos tan lentos como lluvia
que cae sobre césped y violetas.
Porque hay rostros con hiedras tan sensibles
que suplican un mínimo recuerdo
en el creciente fulgor de lo sinfónico
que devanáis en gozo orquestalmente.
Porque hay pasiones cálidas, raíces,
que no pueden perderse en las lagunas.
(Oh, la Danza del Fuego, con su vértigo!)

Porque hay secretos números de alondras
que no pueden yacer sin revelarse.
Porque hay tiernos contactos pasajeros

que no deben pisarse en el olvido.
Porque hay huellas sin forma
o gamuzas suavísimas
que es preciso alumbrar con las estrellas.
Porque hay caricias, lágrimas, ternuras,
que deben conservar los clavicordios.
Y así sonáis como instrumentos diáfanos,
como baladas, risas o volcanes,
como hosannas o tiernos villancicos,
cual peteneras tristes de un crepúsculo.
Todo, todo en la tierra está vibrando!
Y así los continentes viajan, llegan
a ignorados extremos irreales
de inmarcesible música.

CUAL RARAS FLORES BLANCAS

(A Victoria Ocampo)

MIRAD el camposanto.

Las bocas y los labios ya olvidaron los nombres,
el Gran Tiempo ha parado los relojes de arena,
y los cabellos yacen como ramas de sauces
o negras cabelleras que no ondean su luto.
Aquí, los pechos nobles dejaron de ser arpas.
Aquí, la sal y el polvo se cuajan en las venas.
Aquí, los cuerpos yertos no ciñen otros cuerpos
y un palor de ceniza el desnudo les viste.
Aquí, hay menudos dientes
desgranados en cuevas, amarillos collares,
y las coronas secas de flores, tenues, grises,
de nardos y violetas adornan frías sienes.
Aquí, aquí, los pájaros sepultan a sus muertos,
y las muñecas niñas su hermosura mentida,
y los espejos tristes encierran sus azogues.
Aquí el olvido lento recorre el gran silencio
donde acaso se abrazan espectrales las sombras

con la luna o el alba,
y una sonrisa pálida y sin ansia las guía.
Aquí los blancos huesos son primario elemento.
Aquí, el polvo es polvo, la ceniza postrera
de un corazón sin forma, sin color ni perfume.
Aquí las leves rosas teñidas de los labios
y el coral de las uñas no se abren a los besos.
Aquí cipreses bellos y mirtos centinelan
la paz de los osarios,
de calaveras puras que ya no fingen nada.
Aquí los presos muertos golpean sus cadenas,
haciendo señas, gestos, a los azules cielos.
Ay, flamean banderas de dolor, de esperanza,
las manos que nostalgian la vida y el océano!

A merced de la tierra y a merced de gusanos
y de hormigas carnívoras
que horadan las colinas redondas de los muslos,
a merced de las aguas o zumos tan inmobles,
con un rumor de dicha despertando las hierbas,
encrespadas, con ira, por huir de los féretros
a los aires más límpidos,
martillan y dislocan el cedro de las cajas.
Y, a veces, atan sierpes, cegadas mariposas,
las venas que aun palpitan, vacías, como cuerdas
de perdidas guitarras,
y los senos aun tiernos como nueces de coco,
como pulpa de almendra.

Y, a veces, el latido del corazón inmóvil
inquieren bajo tierra,
y hasta el amor o el odio que anidara en la frente.
Y, a veces, como garras, cual guadañas finísimas,
hurgando van raíces de trébol y de cruces,
para encontrarse el pulso, fiel timón de los años.
Y dónde hallar tal sangre, disecada, granate?
Dónde hallar el temblor, los signos de la música?
Sólo arena discurre, no se mueve del tuétano.

Quizá en los plenilunios emergen de las tumbas
cual raras flores blancas
e inician—fuegos fatuos—las danzas de la muerte,
tañidos plañideros,
o animan con sus palmas las danzas de la vida.
Emergen suavemente
para dorarse al sol, al sol de los caminos.

Mas la tierra les calza, enlutada, sus guantes,
esos guantes de hierro, esa cárcel, sudario:
y ellas cavan las sienas, los nichos y los muros,
porque el hombre no encuentra el descanso en la muerte.
Y los túmulos quieren donde el fuego consume
el dormir desvelado.
Y acaso nieves lloran, la perdida molicie,
el viento estremecido de campanas mayores.
O lágrimas desean
que calan sólo a musgos, a malvas florecillas,

ese rocío humano de amor y de ternura,
esa mínima gota que consuela a los pájaros.
O tal vez son un árbol que ha huido de los bosques,
de selvas milenarias
demasiado cargadas de joven primavera.
No extinguida su esencia, vegetal, casi asciende
a ese pecho de Dios que es bóveda estrellada.

EL TIEMPO

(A Ricardo Blasco)

NO colmas tu transcurso ni te evades?
El alba primigenia con su viento
abrió tu perfección, tu vida esférica?
En la mano de Dios, combada y fría,
en el Círculo, tú, has de encerrarte
y disolver allí fin y principio?
El Creador te hizo desde el Caos
y las difusas sombras.
De qué? Por qué? Y adonde?

De nada tú, vacío hueco vivo?
De nada, pues, intemporal espacio?
Inscribidor de fechas en la altura,
de terrenales nombres y secretos?
Eres libro de Dios,
sin páginas precisas, numeradas?
Eres tú amanuense de sus obras,
el final escribano de los siglos?

(Poder subir, subir
y asirte ya, borrarte!
Vivir nosotros, puros, siderales,
y ser eternos ángeles!
Y tú sin vida estar,
oh Tiempo, intrascendente!)

Por qué existes, dorado, nebuloso,
rememorando siempre,
sin códices ni estelas funerarias?
Por biografiar al hombre,
contar sus días tristes y los bellos?
Para medir su estancia sobre el mundo
y detenerla, ¡ay!,
en el feliz instante
del amor frenesíaco,
y ser el breve párpado
de la muerte más ávida?
Tal vez eres el sueño o el respiro
de la nocturna bóveda,
de los azules cielos sosegados?

Y tú, mensurador, inmensurable,
no morirás también, quemando soles?
Tu cauce hereditario, río arriba,
hasta dentro del mar y la montaña,
a la vera de Dios o hacia el abismo,
a la terrible sima

que ha de tragar los orbes, derivando?
Si antes que tú morimos los humanos,
a nadie acosarás con tus poderes,
al alma no has de urgir con la partida.
Y tus leyendas grises, negras áureas,
palidecidas todas por el luto,
por imposible llanto,
desinscritas serán de tus confines.
Y tú te morirás,
oh Tiempo, sin nosotros!

El Hombre es tu medida y tu paisaje,
aunque un gran Dios te cuelgue de sus hombros
para cubrir las tumbas y epitafios,
en la última hora sin estrellas,
en la noche final y sin historia.

NO LOS REBELDES ANGELES

1

NO los rebeldes ángeles,
no las huestes luzbélicas
ni los querubes de oro
—guirnaldas de la Gloria—,
ni aquellos serafines,
embelesados rostros, bellos, puros,
alzándose al Señor.

No son las mansas almas ascendidas
por el puente final de las estrellas.
Ni van por el azul de lo recóndito,
ni por esas alcobas celestiales,
en tránsito dulcísimo,
sin levantar el aire ni el silencio.

Son ángeles mundanos los que nombro,
criaturas nostálgicas
de un afán terrenal.

2

El mundo ha envejecido. Hoy los ángeles,
dichosamente pájaros,
de la altura descienden, por su vía,
después que un signo áureo
trazado fue por Dios.
Esbeltos, fríos casi, rumorosos.
Cual follajes sus alas se despliegan,
miniadas por la luz de los espacios.

Custodios? Mensajeros? Beatísimos?

Junto a las flores llegan. Y los niños
que no quieren morir en la mañana,
extasiados sonríen.

Plumajes? Manos? Polen de los cielos
suspendido en los hombros,
en las leves pisadas?

Con donaire ya rozan sienes vivas,
el palpitar inerme del costado,
el suave parpadeo de los ojos...
Oh, los montes se yerguen para verlos!

3

Esos rebaños solos, quién los guía,
sin pastor, a los valles de la hierba?
Quién enciende luciérnagas o huesos
en tristes camposantos y llanuras?
Quién recoge miradas y encadena
los besos que se pierden en la sombra?
Quién lamentos arrastra o la esparcida
belleza tan fugaz, tan inmanente,
que es difícil saber de dónde fluye,
de qué tronos desciende a bestezuelas,
a los seres y cosas más humildes?

Son ángeles que cruzan por el mundo,
mas los hombres ignoran su venida
y la huella de luz que van dejando.

Y a las áulicas manos resplandecen,
a escondidas nos lloran en violetas,
en la frente de un árbol de una roca,
o aletean de dicha como un ave
en la súbita huida de un crepúsculo.

4

Pero hay ángeles negros, negros ángeles.
Hay ángeles en pena que señalan
de tristeza las almas preferidas,
cuando los cielos grises
en llanto se rebelan y en relámpagos,
anunciando las iras más oscuras.

OJOS DE DIOS

(A Eugenio Florit)

OJOS, ojos de Dios,
signos, signos de piedra, llama o cielo,
miráis o no miráis desde la luz
mí verde-gris Castilla
que es malva si atardece,
la tierra casi océano?

Los espectrales álamos,
inmóviles, de pie, mas respirando,
y aun la escarcha en ellos recrecida?
El negro río véis fluyendo solo,
bajo la noche acaso andando lento?
La niebla de las sierras
—panorama lacustre—
que el viento desmorona:
fantasmas se deshacen
en glaucos amarillos
manchados de cobaltos...?
Los pájaros, a grupas,

de los corceles-nubes?
El toro de la muerte corneando
la vida de los niños?
El poniente carbunclo
de una boca sin besos?

Y veis los simples actos de los hombres:
el echarse en la hierba matinal,
admirar la colína opalescente,
oír a las valvas su mensaje?
La cal que reverbera sobre el muro,
la pasión desbordando las aldeas,
las entregadas cópulas,
resplandecientes lazos de los cuerpos?
El vivo corazón enamorado,
crepitando en deseo
de emerger o estallar hacia fuera?
La dulce carne blanca de una virgen,
el frenesí del púber aun no amado?
Los senos sin amor,
fríos, sordos y rígidos, cual nieve
endurecida en hielo?
Las amistades-lianas
enlazando ternuras,
los párpados amigos
de bellas mariposas o de lágrimas,
el rodar de las caricias?
El suspiro infinito de las viudas,

del dolor la resaca sin término?
Los pies, las manos suaves, los contactos,
la memoria amagada,
de sí misma en olvido?
Los sueños que vigilan la existencia,
el derrumbado mar de todo júbilo?

Véis el clamor de sangres galopantes,
las inundadas venas
que se alargan al cielo
para acoger las aves?
Véis o no véis el mundo, fijos ojos
de Dios, oh fijas piedras? Altas manos
nos palpáis levemente?

Sueño mortal, esquivo sueño puro,
o sólo acaso enorme profecía,
sublimación suprema de lo humano
sóis, oh cielos, oh manos fluidoras?

Mirad, tocad! Los hombres
os piensan suspendidas, trascendentes,
universales, altas, remotísimas.

INDICE

Páginas

LOS SIGNOS 9
HAY MANOS QUE SOSTIENEN SUAVES FLORES 11
DE LA NOCHE DESCIENDES 12
AQUI LAS ROSAS HABLAN 14
DELANTE DE LA AURORA 17
EL FAUNO 19
PISADAS EN EL FONDO DE LOS LAGOS 24
EL EXTRANJERO 25
OSCURO AMOR 27
ESTOS «PRESES TRISTES, CENICIENTOS 28
SUEÑO 29
A VECES, LA ALEGRIA COMO NUBE 31
SOLO UN GESTO 33
EL ESPEJO 34
SIEMPRE MAS! 37
VENIAN DEL PAIS QUE ERA TU CUERPO 40
CONCIERTO 44
CUAL RARAS FLORES BLANCAS 48
EL TIEMPO 52
NO LOS REBELDES ANGELES 55
OJOS DE DIOS 59

Este libro de CONCHA ZARDOYA, titulado • LOS SIGNOS», número 15 de la Colección «Ifach*, se acabó de imprimir el dfa 6 de Marzo de 1954, en los Talleres Tipográficos de Sucesor de Such, Serra y Compañía, en la Avenida de Alfonso el Sabio, número 29, de Alicante.

La «COLECCIÓN IFACH»

HA PUBLICADO:

I

POESÍA

1. «El amor en el paisaje», de Santiago Moreno. (Agot.)
2. «Entre la piedra y Dios», de J. Andúgar. (Agot.)
3. «La estrella afirmativa», de Juan Valls.
4. «Deriva», de Gabriel Celaya. (Agot.)
5. «Cántico de la Creación y del Amor», de V. Ramos. (Agot.)
6. «Hombres a la deriva», de Manuel Molina. (Agot.)
7. «La soledad y el recuerdo», de J. López Gorgé.
8. «Seis poemas inéditos y nueve más», de M. Hernández. (Volumen extraordinario). (Agot.) ,
10. «Después de la lluvia», de Joaquín León.
11. «Honda Llamada», de V. Ramos.
12. «Palabras Mayores», de Ramón de Garcíasol.
13. «El grito inútil», de Angela Figuera Aymerích. (Premio «Ifach» 1952.)
14. «Palabras sin voz», de Celia Viñas Olivella.
15. «Los signos», de Concha Zardoya.

II

PROSA

9. «La Huida y otros relatos», de Sofía Heyman.

DE PROXIMA PUBLICACION

«El tiovivo», de Fernando Ferraz. (Premio «Ifach» de Narración 1952.)
«La Sexta Canción», de Manuel Girón.
«Cuaderno del Guadarrama», de Camilo José Cela.

Precio de este volumen >
20 PESETAS

Méndez Núñez, núm. 4
ALICANTE

IFACH